

Esteban Arriaga

Por MARINO GOMEZ-SANTOS



Esteban Arriaga, teniente de navío de la Armada española, es como un héroe de película de Xavier Cugat. Un vistoso uniforme, una buena planta, un gran temperamento profesional nos hacen dudar si el café en que nos citamos no será un gran trasatlántico que vaya hacia tierras americanas.

Esteban Arriaga, a pesar de su brillante carrera, es muy joven todavía. Ha navegado mucho. Ha vivido mucho. Ha estudiado sin descanso, ha descansado pintando marinas.

Ahora expone sus obras en la sala Vilches, del edificio España. Es la segunda vez que cuelga. Su género va quedándose en un abandono inexplicable por falta de cultivadores.

—En España hay muy pocos marinistas de mar de altura. Que yo conozca, López Ruiz, canario bohemio y gracioso que tiene ochenta años.

Le preguntamos a Esteban Arriaga el motivo de esta falta de marinistas.

—Fundamentalmente, sucede que los pintores no han navegado. Claro que esto no es un reproche, porque no tienen tampoco obligación de navegar. El que llega a hacerlo se entusiasma pronto, porque el mar ofrece maravillas para el pintor.

Nosotros no sabemos cómo se pinta una marina. Mientras el paisaje está quieto, el mar se mueve, en una continua variación de formas. Esteban Arriaga nos dice que hay una sola manera, un solo procedimiento: dejarse impresionar. Y además es necesario abrir mucho los ojos, porque la belleza está en el temporal, en el espectáculo del temporal, que no deja tomar notas materiales.

—Yo llevo once años navegando por América y los mares de la costa de España. He tomado apuntes en todos los sitios, generalmente buscando entonaciones de crepúsculos al del atardecer,

cuando las horas de descanso que mi profesión me permitía. La mayor belleza en el mar la he encontrado en lugares como el Cantábrico, cabo Hateras y en las cercanías de la costa de Argentina.

Esteban Arriaga hace navegaciones de cincuenta y dos días. Desde Cádiz a Buenos Aires. Su afición a la pintura era ya antigua en él.

—Empecé a pintar en Canarias las rocas y el mar de Canarias. En los sucesivos viajes he ido viendo que la mar toma aspectos distintos de color y de forma en cada país. Depende mucho del mar y de la proximidad de la costa, bajos fondos, aspecto general del cielo, debido al estado meteorológico del tiempo, y a los vientos.

Esteban Arriaga tiene un estudio lleno de apuntes. Nada más ni nada menos que de apuntes. Uno creía que los marinistas tenían sus estudios llenos de tinas de agua, de cubos con azulete que con sólo un viento fuerte podían rizarse. Uno, en una primaria idea, creía que nadie podría arriesgarse a salir a los mares para buscar efectos pictóricos. Y, sin embargo, hay quien desafía los temporales y espera a que los soles tropicales se desangren sobre las aguas como anuncios luminosos. Uno sabía muy poco de estas cosas.

Le preguntamos a Esteban Arriaga que si no cree que puede haber una monotonía dentro de una Exposición de marinas.

—Toda la ilusión que tengo yo—nos contesta—es el poder llegar a exponer un solo tema de mar de altura, sin rocas, ni rompientes, ni faros. Solamente mar. El movimiento producido por una ola en diferentes momentos y matices.

Habla de la pintura Esteban Arriaga con una gran pasión, que tiene mucho de caballero noble aficionado a los caballos. Es muy variante el caso si sabemos que la situación económica está a salvo. Una independencia supone muchas ventajas siempre. Supone que puede hacer solamente lo que quiere hacer y burlar lo que los demás quisieran que hiciera.

Por eso le preguntamos que si se atrevería a vivir de la pintura.

—Sí, me atrevería. Tengo plena conciencia de que podría llegar a vivir de ella dedicando las horas que mi profesión me lleva ahora.

—¿Cuál es tu opinión respecto al público que compra marinas?

—Es un público que ha navegado, generalmente. Compran por nostalgia del mar.

Y se nos ocurre una observación. ¿Hasta cuándo puede ser lícito tomar fotografías en el mar para hacer cuadros?

El semblante risueño de Arriaga ha cambiado. Se incorpora en el asiento como para afinar sus cinco sentidos en la respuesta.

—Aunque no lo parezca, es materialmente imposible trasladar una fotografía a un lienzo. Es demasiado pobre la fotografía para que se le pidan calidades y tema para resolver una marina.

Muchas cosas más salen y se asoman a nuestra conversación, como pequeños y temerosos conejos de Indias. La hora y el espacio nos obligan a poner un punto final.